

Vengamos ya á lo de las exéquijs en vida. Tal boga ha alcanzado la ruidosa anecdota de que el emperador Carlos V. se hizo celebrar sus propios funerales en Yuste, asistiendo á ellos con las circunstancias antes referidas, que el mismo William Stirling, el postrero y el que con mas datos ha escrito la vida de Carlos V. en Yuste, no se ha atrevido á desechiar como fabulosa y apócrifa la anecdota de los funerales. Y si bien niega lo de la mortaja y el atahud, y otras absurdas circunstancias que se leen en Estrada, Robertson, Miñana y otros autores, no ha tenido valor para dejar de admitir la relacion de las honras fúnebres segun la hace el P. Sigüenza, y ha creido mas al historiador de la órden de San Gerónimo que los documentos sobre que escribió su obra y la opinion esplicita consignada por el archivero que con suma diligencia los recogió y se los proporcionó (1).

Nosotros que hemos invertido buena suma de tiempo en examinar con minuciosa prolijidad los documentos auténticos que pudieran darnos luz sobre un suceso que tanta celebridad ha adquirido, podemos asegurar que no hemos hallado uno solo, que indique siquiera ni dé ocasion á sospechar la certeza del hecho que se supone. Cabalmente es tan copiosa la correspondencia original que existe de las personas

(1) Stirling, *The cloister life of the Emperor Charles the Fifth*, Chapter IX. pág. 494.

de mas representacion y autoridad que rodeaban á Carlos V. en su retiro, la del mismo emperador con sus hijos don Felipe y doña Juana y con los ministros y secretarios de estos, que con dificultad habrá periodo alguno histórico que pueda ser mas conocido y de que puedan darse mas exactas y minuciosas noticias. El curioso podria fácilmente saber las mas menudas é insignificantes acciones de la vida de Carlos desde el dia de su entrada en el monasterio hasta el de su muerte. El en que se supone con mas visos de verosimilitud el famoso suceso de las exéquijs es el 30 de agosto de 1558. Nosotros hemos tenido la paciencia de examinar la correspondencia *diaria* de agosto y de setiembre; las cartas de Luis Quijada, el mayordomo, amigo, confidente y la persona mas allegada al emperador; las del secretario Martin de Gaztelu; las de Juan Vazquez de Molina, á quien no se ocultaban ni aun los mas íntimos secretos; las del médico Mathisio, las del prior y otros monges del monasterio: por ellas hemos visto lo que el emperador hacia cada dia y cada hora, desde que se levantaba hasta que se acostaba, y cómo pasaba cada noche. En ninguna de ellas se encuentra una palabra que directa ni indirectamente se refiera á tales honras fúnebres. ¿Será verosímil, será posible que quienes tan menudamente informaban cada dia de todos los actos del imperial cenobita, sin omitir ni aun lo perteneciente á las funciones mas natura-

les de la vida, guardáran tan profundo silencio sobre una escena que tan notable hubiera sido entonces y tanto ruido ha hecho despues? Acaso otro mas afortunado halle algun dia las pruebas que á nuestra esquisita diligencia se han escondido hasta ahora. Entonces nos someteremos gustosos á la verdad que siempre vamos buscando. Entretanto, y hasta que esto suceda, séanos lícito apartarnos de la opinion comun de los historiadores respecto á los célebres funerales, bien lo hayan atribuido unos á recomendable piedad de Cárlos, bien lo califiquen otros de vituperable fanatismo.

Es por consecuencia fuera de toda duda para nosotros que la impresion del lúgubre espectáculo que se ha supuesto, no fué de modo alguno la causa de la enfermedad que acarreó la muerte al emperador Cárlos V., como han asegurado muchos historiadores. La enfermedad provino de haber comido al sol en una azotea del monasterio la tarde del 30 de agosto. Todas las informaciones de los facultativos y de los testigos están contestes en este punto. «Con esta (le decia el mayordomo Luis Quijada á Juan Vazquez de Molina en carta de 4.º de setiembre) con esta va una relación del doctor, por la cual verá vuestra merced el accidente que á S. M. ha sucedido desde ayer á las tres despues de medio dia acá; y aunque es poco, como el doctor dirá, pónenos en cuidado, porque ha años que á S. M. no le ha acudido calentura con frio

»sin accidente de gota. El frio casi lo tuvo delante de mí todo, mas no fué grande, puesto que tembló algun tanto; duró casi tres horas la calentura; no es mucha; aunque en todo me remitió al doctor, que escribirá mas largo.—Yo temo que este accidente sobrevino de comer antier en un terrado cubierto, y hacía sol, y reverberaba alli mucho, y estuvo en él hasta las cuatro de la tarde, y de alli se levantó con un poco dolor de cabeza y aquella noche durmió mal; ansi que podria ser fuese aquello lo que hubiese causado este frio y calentura.—Con lo que sucediere se avisará desde aqui cada dia, etc.» A última hora escribia que S. M. entendia en su testamento, para lo cual encargaba se enviase al secretario Gaztelu el título de notario ⁽¹⁾.

En el propio sentido y atribuyéndolo á la misma causa escribia el doctor Mathisio, médico del emperador, cuya larga carta creemos escusado copiar. El 2 se repitió la fiebre con el carácter periódico que conservó siempre despues, y se envió á llamar al otro médico nombrado Cornelius. El 3 se le hicieron dos sangrías, y S. M. confesó, recibió el Viático y concluyó lo que le faltaba del codicilo. La correspondencia de los dias siguientes da minuciosas noticias del carácter, síntomas, vicisitudes y marcha de la enfermedad, remedios que se le aplicaban, estado del au-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 128.

gusto enfermo cada día y casi cada hora, personas que llegaban al monasterio, cuidado que se tenía de ocultarle las malas nuevas que pudieran alterarle, y otras de igual naturaleza, hasta el 21 de setiembre en que espiró. Nada puede darnos mejor y mas exacto conocimiento de la manera ejemplar como se despidió de este mundo el hombre que por espacio de cerca de medio siglo habia ejercido en él el mayor poder que se habia conocido jamás, que las siguientes cartas en que su confidente y mayordomo anunció su fallecimiento.

A las cuatro de la madrugada del mismo día 21, á las dos horas de haber espirado el emperador, escribía Luis Quijada al secretario Juan Vazquez de Molina: «Ilustre señor.—A las dos despues de media noche fué Nuestro Señor servido llevar para sí á S. M. tan como cristiano como siempre lo fué: jamás perdió la habla, ni el conocer, ni el sentido, hasta que dió el alma á Dios, y conhortándose con lo que él era servido hacer, y esto diciéndolo á todos y poniendo las manos y escuchando á los frailes que le hablaban las cosas que en tal tiempo se suele hacer, y pidiendo: «decidme tal salmo, y tal oracion, y tal letanía:» y cuando quiso espirar lo conoció, y tomó el crucifijo en la mano, y se abrazó con él hasta llegar á la boca, y pidió tambien que le tuviesen allí candelas benditas, y que las encendiesen, y estaba tan en sí que se tomaba el pulso, y meneaba la

cabeza como á manera de decir: «no hay remedio, etc. (1).»

En la que con fecha 30 escribió, ya mas despacio, al rey don Felipe, le decia lo siguiente: «S. C. R. M. —A los 21 de este al amanecer avisé á V. M. del fallecimiento de S. M. que está en el cielo, y pocos dias antes habia enviado la relacion de lo sucedido hasta los 17 del mismo solo en sustancia, remitiéndome á la que los doctores Cornelio y Mathisio enviaban; ansi no tendré que decir mas en el discurso de su enfermedad, salvo que el mal de S. M. siempre fué creciendo desde el primer dia... y á mi parecer hasta que la terciana se le dobló nunca temió: desde allí adelante sí, porque casi vino á entender que nunca quedaba limpio de calentura. El mal llegó tan adelante que los médicos le quisieron dar la Uncion el lunes á medio día, y pareciéndome que no era tiempo por tener gran sujeto y que no se alterase, no consentí que por entonces se la diesen, hasta que á las nueve de la noche casi me lo protestaron, y á aquella hora se le dió, y se la llevó su confesor, la cual rescibió con el juicio y entendimiento que siempre estuvo y con muy gran devocion. Desde aquella hora siempre estuvieron con él su confesor y Fr. Francisco de Villalva, predicador de esta casa, á quien S. M. oía de buena voluntad, los cuales le hablaban como se suele hacer en semejantes tiem-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 428.

»pos, y rezando oraciones y salmos, y S. M. les pe-
 »día: «decirme tal salmo ó tal oracion,» en las que mas
 »devocion tenia, las cuales se le rezaban y declaraban
 »cuando llegaban á cosa que venia á aquel propósi-
 »to, y tambien se le leia la Pasion declarándole en
 »ella los pasos que convenian, á lo cual estaba S. M.
 »con gran devocion y contricion, poniendo las manos
 »juntas y mirando al cielo y á un crucifijo que alli
 »tenia, y una imágen de Nuestra Señora, que eran
 »las con que la emperatriz nuestra señora murió; el
 »cual me habia mostrado y mandado que las queria
 »tener cuando en aquel paso se viese, ansi se estuvo
 »toda la noche con grandísima devocion. El dia ade-
 »lante volvió á reconciliarse y á recibir el Santísimo
 »Sacramento, y advirtiéndole que mirase que no po-
 »dria pasallo, me respondió que sí haria, y parecien-
 »do tambien á S. M. que podria ser tardar la misa
 »para recibillo en ella, mandó que se le trujesen de
 »la custodia, y así lo rescibió y se vió en trabajo al
 »pasallo; pero estaba con tan buen juicio, que él mis-
 »mo abria la boca para que se mirase si quedaba
 »alguna cosa por pasar, y despues oyó misa con gran-
 »dísima devocion, hiriendo los pechos cuando decian
 »los Agnus. De esta manera pasó aquel dia como
 »cristianísimo príncipe. Despues de esto el mismo dia
 »á las doce llegó el arzobispo de Toledo y le habló
 »como convenia para el tiempo en que estaba, y él
 »oyendo á los unos y á los otros con grandísima de-

»vocion y con tanto juicio, que poco antes que ano-
 »checiese me pidió si tenia alli alguna candela bendita;
 »yo le respondí que sí, y aunque algunas veces cer-
 »raba los ojos, hablándole en Dios los volvia á abrir,
 »y estaba muy atento á lo que se le decia, y pare-
 »ciéndome que iba muy al cabo, envié á llamar al ar-
 »zobispo de Toledo que estaba en su cámara, el cual
 »vino y le volvió á hablar, y S. M. á entender lo
 »que decía, y de esta manera se estuvo hasta las dos
 »de la noche que se le puso la candela en la mano de-
 »recha, la cual yo le tenia, y con la izquierda esten-
 »dió el brazo para tomar el crucifijo diciendo: «ya es
 »tiempo;» y diciendo Jesus dió el alma á Dios, sin ha-
 »cer mas que dar dos ó tres bocadas, de lo cual S. M.
 »debe dar muchas gracias á Dios; que cierto es de
 »creer que jamás se vió persona morir con mas ju-
 »cio ni con mayor devocion y contricion y arrepenti-
 »miento. Creo como cristiano que se fué derecho al
 »cielo. Yo ví morir á la reina de Francia, que acabó
 »muy cristianamente, mas S. M. le hizo ventaja en
 »todo, porque jamás le ví temer la muerte ni hacer
 »caso della aunque algunas veces se le decia.

«El martes antes que recibiese el Santísimo Sa-
 »cramento me llamó, y mandó salir fuera á su confe-
 »sor y á los demás, y incádome de rodillas me dijo:
 »Luis Quijada, yo veo que me voy acabando muy
 »poco á poco, de que doy muchas gracias á Dios,
 »pues es su voluntad. Direis al rey mi hijo, que yo

»le pido que tenga cuenta con estos criados general-
 »mente los que aquí me han servido hasta la muer-
 »te, y que se sirva de Gila Come Barbero en lo que
 »le pareciere, y que mande que en esta casa no se
 »deje entrar huéspedes; y en lo que sobre mí man-
 »dó decir no quiero hablar por ser parte. Tambien
 »me mandó que dijese á V. M. otras cosas, las cua-
 »les diré cuando Dios trujere con bien á V. M.
 »Plega á Dios sea con la felicidad que todos de-
 »seamos: lo demas que toca al entierro y depósito y
 »como se hizo, envió á Erasó para que de ello dé ra-
 »zon á V. M. (1)»

Púsose el cuerpo del emperador en una caja de plomo, la cual se encerró en otra de madera de castaño, forrada de terciopelo negro. Hiciéronse solennnes exequias, por tres dias, celebrando el arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé de Carranza, á quien sirvieron de ministros el confesor del emperador Fray Juan Regla y el prior Fr. Martin de Angulo, y predicando sucesivamente, el padre Villalva, y los priores de Granada y de Santa Engracia de Zaragoza.

Una de las cláusulas del codicilo de Carlos V. era que se le enterrára debajo del altar mayor del monasterio, quedando fuera del ara la mitad del cuerpo del pecho á la cabeza, en el sitio que pisaba el sacer-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 428.—Una relacion semejante se encuentra en el tomo VI. de la Coleccion de Documen-
 tos inéditos, sacada de los MM. SS. de la Biblioteca de Salazar, hoy de la Academia de la Historia, letra M. tomo 209.

dote al decir la misa, de manera que pusiese los pies sobre él. Para cumplir del modo posible este mandato se derribó el altar mayor y se sacó hácia fuera con objeto de depositar detrás de él el cadáver, pues debajo no podia estar por ser lugar esclusivo de los santos que la Iglesia tiene canonizados (1). A los dos dias de enterrado el cadáver se presentó el corregidor de Plasencia acompañado de escribano y alguaciles, reclamando el cuerpo como muerto en territorio de su jurisdiccion. Aunque al fin accedió á que quedase en poder del prior en calidad de depósito, empeñóse no obstante aquella autoridad en identificar la persona del difunto, para lo cual fué menester deshacer el tabique, sacar las cajas y abrirlas, y descoser la mortaja hasta reconocerle el rostro, de todo lo cual se tomó testimonio (2).

(1) El P. Sigüenza, Hist. de la Orden de San Gerónimo, pár. III. lib. I. cap. 36.

(2) Sandoval, Vida del emperador en Yuste, pár. 13.

No escasean los historiadores eclesiásticos sus relaciones de apariciones y prodigios que dicen haberse visto y observado á su muerte. Segun el P. Sigüenza, uno ó dos cometas anunciaron por espacio de muchos dias su enfermedad y fallecimiento. La noche que murió brotó de repente el capullo de una azucena que habia en el jardinillo junto á la ventana de su aposento, cuya flor se colocó despues delante de la custodia. Un monge del Escorial avisó andando el tiempo á Felipe II. que le habia sido revelado

como el alma de su padre habia salido del purgatorio. Al decir del obispo Sandoval, un ave grande, mitad blanca mitad negra, vino par espacio de cinco noches de la parte de Oriente, y posándose sobre el tejado de la capilla daba cinco gritos con algun intervalo de uno á otro, y luego volaba hácia Poniente, con grande admiracion de los padres del convento. Estos y otros semejantes prodigios han sido repetidos despues por varios historiadores. El lector les dará la fé que le parezca puedan merecer.

El cuerpo del emperador permaneció en Yuste hasta que le trasladó al Escorial el rey don Felipe su hijo.

Su testamento y codicilo respiran las ideas cristianas y religiosas en que habia vivido y la piedad que señaló su muerte. En el primero dejaba una manda de 30,000 ducados para redencion de cautivos, dotacion de doncellas huérfanas y pobres vergonzantes, por iguales partes, y mandaba se le dijeran treinta mil misas por su alma. Lo demas se reducía á determinar la sucesion de sus reinos y señoríos, al modo como habían de pagarse las deudas contraídas, y cómo habían de conservarse íntegros el patrimonio real y los dominios de la corona, refiriéndose á sucesos, tratos y enlaces de que hemos dado cuenta, y á consejos al rey su hijo sobre algunos asuntos de gobierno. Aunque el principal objeto del segundo fué señalar pensiones y ayudas de costa á sus servidores y criados, que va designando nominalmente, es muy de notar su primera cláusula, por la cual deja muy encarecidamente recomendado al rey don Felipe que use de todo rigor en el castigo de los hereges luteranos que habían sido presos y se hubieren de prender en España. «Y mando, decia, como padre que tanto le quiero, y como por la obediencia que tanto me debe, tenga de esto grandísimo cuidado, como cosa tan principal y que tanto le va, para que los hereges sean oprimidos y castigados con toda la demostracion y rigor, conforme á sus culpas, y esto sin excepcion de persona alguna, ni admitir ruegos, ni tener respeto á persona alguna: porque para el efecto

»de ello favorezca y mande favorecer al Santo Oficio
»de la Inquisicion, por los muchos y grandes daños
»que por ella se quitan y castigan, como por mi testamento se lo dejó encargado..... (1).»

En otra parte hablaremos de la manda que la víspera de morir hizo en favor de la madre de un hijo natural suyo, que entonces se criaba oculta y misteriosamente en poder de su mayordomo Quijada, y que tan célebre se habia de hacer no tardando en el mundo (2).

Ademas de las honras que le hicieron en Yuste y en Valladolid, celebráronselas muy suntuosas en Roma; pero las que se distinguieron por lo vistosas y magnificas fueron las que Felipe II., su hijo, mandó hacerle en Bruselas, y de las cuales, por haber

(1) Hállanse íntegros en Sandoval el testamento y codicilo, que nosotros no copiamos por su mucha estension.

(2) Dejaba Carlos V. al tiempo de morir tres hijos legítimos: el rey don Felipe, doña Maria, reina de Bohemia, y doña Juana, princesa de Portugal y gobernadora de España. Tuvo hijos naturales y bastardos que sepamos los siguientes: doña Margarita de Austria, que casó primero con el duque Alejandro de Médicis, y despues con el duque de Castro, Octavio Farnesio: doña Tadea de la Peña, á quien tuvo de una señora llamada Ursolina de la Peña, de Peruja, conocida por *la Bella Penina*. (Archivo de Simancas, estado, leg. 437): y don Juan de Aus-

tria, que es este á quien nos referimos en el texto, cuya verdadera madre daremos á conocer de un modo que desvanecerá toda duda y toda sospecha que hayan hecho concebir mal informados historiadores.

Mendez Silva (Catálogo real de España, pág. 440), habla de otros dos hijos bastardos, á saber: Piramo Conrado de Austria, de quien nos da mas noticias, y doña Juana de Austria, que dice murió de siete años el 1530, siendo novicia en el monasterio de Santa Maria, orden de San Agustin, en la villa de Madrigal, donde está sepultada, como lo afirma el padre maestro fray Tomás de Herrera en la historia del convento de San Agustin de Salamanca.

sido tan notables, damos por apéndice una relación auténtica (1).

Al terminar los historiadores la vida del emperador Carlos V., deshácense generalmente en pomposos elogios de sus prendas y virtudes, ensalzándolas hasta donde alcanzan las palabras y frases laudatorias que cada cual ha podido discurrir en su alabanza. Nosotros, reconociendo haber adornado muy esclarecidas dotes á este escelso personage, reservamos su juicio crítico para cuando hagamos el del espíritu, la marcha y la fisonomía del siglo XVI. y consideremos la suma de bienes y de males que en nuestro sentir produjeron el poder, la influencia y la política de Carlos V. en España, en Europa y en el mundo.

(1) Sandoval trae una descripción de ellas: la que nosotros damos, y no hemos visto publicada en ninguna parte, la hemos tomado del Archivo de Simancas, Estado, leg. 517, fol. 44.

APÉNDICES.

I.

1528.

DESAFIO DE CARLOS V. Y FRANCISCO I.

(Archivo de Simancas, Estado, leg. 1553.)

Real cédula que el emperador dirigió á Sancho Martínez de Leiva, capitán general de la provincia de Guipúzcoa, dándole cuenta del desafío á que él había provocado al rey de Francia Francisco I., negativa de éste á aceptarle, y consulta que el mismo emperador hizo sobre ello á sus consejeros y prelados, grandes, caballeros, letrados y otras personas.

El Rey.—Sancho Martínez de Leiva, nuestro capitán general de la provincia de Guipúzcoa, y alcalde de la villa y fortaleza de Fuenterrabía: ya habreis sabido parte de lo que con el rey de Francia sobre nuestro combate habemos pasado, y aquello y todo lo demas vereis mas entera y cumplidamente por el traslado de todo ello que aqui os